



Del juego sensorial del bebé a la ritmicidad estereotipada del niño autista: cuando la construcción del yo corporal falla*

Camila Saboia

Karina Hackembruch Tourn

Resumen: Este artículo ofrece un panorama de las contribuciones de diferentes psicoanalistas sobre la importancia de las experiencias sensoriales en la constitución del psiquismo. Se parte de la idea que el juego sensorial del bebé serviría como materia prima para la construcción del simbolismo primario y el yo corporal. Los niños autistas expresan fallas en el yo corporal al procurar experiencias auto sensoriales como medio para aliviar sus angustias arcaicas. Pensamos que las estereotipias y la búsqueda incesante de experiencias que oficien de agarres sensoriales, cumplirían el propósito de retomar la construcción del yo corporal, por lo tanto, no deberían comprenderse como meras descargas sensoriales.

Descriptores: Intervención Temprana, Yo Corporal, Autismo, Juego, Estereotipia.

Sensorialidades haciendo cuerpo

Se sabe que, desde los albores de la vida intrauterina, madre y bebé van co-gestando el núcleo del sí-mismo, realizando esta tarea conjunta con la envoltura del entorno, y la sensorialidad, que se despliega en el acogimiento corporal. Según diferentes perspectivas teóricas, sostenemos que el origen de la construcción psique-soma se da a través de diferentes identidades: identidad sensorial (Konicheckis, 2000, 2011), primera estructura rítmica de continencia, identidad rítmica, identidad narrativa y, además, el «yo piel».

* Trabajo presentado en la II Jornada de la CIPPA Latinoamérica (Coordinación Internacional de Psicoanalistas y Psicoterapeutas que trabajan con autismo), celebrada en Montevideo, Uruguay, en noviembre de 2024. Trabalho já publicado na Revista *Estilos Da Clinica*, 31(1), 47-59. <https://doi.org/10.11606/issn.1981-1624.v31i1p%p>



Haag (1985), psicoanalista francesa que contribuyó en gran medida al avance de la clínica del autismo, nos dice que el estado narcisista inicial estaría marcado por la auto-sensorialidad, en particular las experiencias sonoras, táctiles y laberínticas, las cuales precederían al estado autoerótico. Ella nos propone considerar que las experiencias táctiles del feto, construidas en el contacto entre el dorso del bebé y la cavidad intrauterina del vientre materno, traducirían elementos importantes de la calidad del diálogo tónico-emocional de ese período prenatal y que, a su vez, tendrían implicaciones en el establecimiento de la calidad de ese diálogo en los primeros momentos de la vida. Cabe señalar que estas ideas propuestas por Haag (1985), desde finales de la década de los 80, van en la misma dirección que las investigaciones recientes sobre el autismo (Beaulieu, 2021), las cuales afirman que los MG (movimientos generales) del bebé, detectados desde la vida intrauterina, están asociados con el diálogo tónico-emocional y podrían determinar la calidad de los primeros intercambios relacionales, observándose que es necesario para el establecimiento del juego relacional, que el bebé cuente con una organización rítmica de los movimientos corporales dirigidos al objeto materno. Al mismo tiempo, también es necesaria la presencia de una «madre suficientemente buena» (en el sentido winnicottiano) para regular, de manera armónica y continua, los intercambios relacionales con su bebé.

La autora se basa en los fundamentos propuestos por Susane Maiello (1991), quien conceptualiza la existencia del objeto sonoro prenatal, planteando que las relaciones objetales precederían al nacimiento del bebé, ya que los intercambios sensorio-corporales vividos entre madre-hijo durante el período gestacional, constituirían ya el esbozo de las primeras relaciones objetales. Esta propuesta reafirma lo formulado por Lebovici (1960) en su célebre frase: «el objeto puede ser investido incluso antes de ser percibido». Idea que implica que el psiquismo se constituye a través de sensaciones e inscripciones corporales y relacionales, incluso antes de la percepción de un yo autorreflexivo, vivido y diferenciado de su entorno (Zornig, 2015).

Haag (1985) afirma además que las experiencias sensoriales vividas en el cuerpo del bebé funcionarían como materia prima del proceso de simbolización primaria. Revisita el concepto de «objeto de fondo de identificación primaria» introducido por Grostein (1981, citado por Haag, 1985), quien postula este concepto al observar que, los pacientes que padecen trastornos psíquicos y narcisistas graves presentaban algo en común en sus relatos clínicos: la sensación de no tener columna vertebral o de tener un cuerpo hueco que no experimenta la contención a través de la espalda. Haag (1985) asocia este concepto de Grostein con sus propias observaciones clínicas en niños autistas, al señalar que estos niños, en su gran mayoría, necesitaban como prerrequisito para sustentar el

diálogo cara a cara, vivir la experiencia del objeto de apoyo dorsal (*l'objet de arrière plan*), sumada a la experiencia rítmico-sonora y a la interpenetración de la mirada.

Según Haag (1985), el niño autista busca la mirada indirecta y lateralizada, evitando la experiencia objetual cara a cara, precisamente porque no ha tenido la experiencia primaria del encuentro con un rostro materno poseedor de un fondo capaz de metabolizar, transformar y devolver (en el sentido bioniano) al bebé los contenidos y mensajes enviados al objeto materno. En los casos en que la función materna se desarrolla de manera insatisfactoria, el bebé se enfrenta con el desencuentro y la experiencia de una mirada a través de y desinvertida libidinalmente. Cuando el objeto materno se encuentra con dificultades para ejercer la función continente, función que propicia el diálogo tónico-afectivo-emocional dentro del juego pulsional diádico, los mensajes (pulsión mensajera) se pierden y resuenan en el vacío.

Haag (1985) describe a este juego relacional, como una especie de circuito pulsional o, mejor dicho, un anillo relacional (*boucle de retour*) regido por el movimiento de ida y vuelta de la pulsión que marca el diálogo emocional entre la díada. La autora afirma, además:

(...) otra asociación que podemos establecer a partir de esta imagen del anillo relacional, surge a partir de la teorización freudiana más clásica, es que ella por sí sola representaría la forma más primitiva del doble rebote pulsional, es decir, el retorno sobre el yo y el retorno de lo activo a pasivo, lo cual fue subrayado por Freud y retomado por A. Green en 1983. La ausencia de este rebote impide, en realidad, el retorno del élan (impulso) pulsional hacia el núcleo narcisista, es decir, el sentimiento de existir y de tornarse en el propio yo (Haag, 1985, p. 399; traducción nuestra).

La experiencia de pasividad normal, que probablemente constituye la base de la receptividad, falla en los niños autistas, lo que los lleva a percibir la receptividad y la pasividad como algo invasivo y peligroso que debe ser administrado bajo su propio control. Esto explicaría su tendencia a mantener este juego pulsional a partir de experiencias de auto-sensualidad.

La autora también destaca que, al inicio de este juego pulsional-relacional, es necesario que la madre y el bebé vivencien una experiencia de fusión, es decir, el bebé necesita experimentar inicialmente una especie de «adhesividad constitutiva», en la que la madre se presenta como un objeto maternante que se muestra disponible para las necesidades y los ritmos del bebé, pero que, gradualmente, debe ausentarse y fallar para que pueda emerger el espacio psíquico entre la dupla. Ausencia que hace que el objeto materno sea

visto como «semejante», pero «no idéntico», como ella dice (*pareil et un peu de pas pareil*). Cuando no se construyen esas pequeñas diferencias en la relación madre-bebé, el niño queda «pegado» al objeto materno, en un juego que Haag (1985) define como de «mismidad», el cual no permite que el bebé comience a construir una cavidad intersubjetiva orientada hacia la construcción del esqueleto interno de la percepción de la contención/piel.

Ese sentimiento de envoltura (*le sentiment d'entourage*) permitirá al bebé organizar los diferentes flujos sensoriales, responsables de su capacidad para experimentar el registro de la polisensorialidad sincrónica, que parece precisamente fallar en los niños autistas, ya que observamos que estos necesitan aferrarse a sus propias experiencias sensoriales en un intento por calmar sus angustias de licuefacción.

Golse (2006) afirma que la polisensorialidad sincrónica es fundamental para que el bebé acceda a la intersubjetividad e, incluso, para el desarrollo de la empatía. Sin embargo, observa que esta sincronía es algo que el bebé va conquistando, ya que, al inicio de la vida, es asincrónica, puesto que experimenta el paso de un canal sensorial a otro en momentos diferentes. El transbordamiento sensorial se guía por las características comunes (amodales) de las experiencias, como el ritmo, la intensidad y la forma. El psicoanalista Guerra (2015), al hacer hincapié en la rítmicidad en el proceso de subjetivación del bebé, describe la importancia de la armonización de los ritmos entre la madre y el bebé. Según este autor, para que sea posible la polisensorialidad sincrónica, es necesario que cada flujo sensorial encuentre un ritmo para acoplarse a un otro. Debemos considerar, en este proceso, la capacidad de metabolización del objeto materno (*rêverie* materna) (Bion, 1962), que facilitará la rítmicidad de la díada. Cuando esto no es posible, se produce un caos en el que múltiples estímulos sensoriales se descoordinan, generando una situación de escisión cuyo objetivo es mitigar el efecto de esa experiencia caótica. Es necesario entonces, que la díada logre gestionar los flujos sensoriales, lo que se entiende como la «emisión continua y orientada de señales que llegan a los sensores corporales» (Bullinger, 2020, p. 25). Los flujos constituyen, para Bullinger (2020), la base del diálogo tónico emocional entre la madre y el bebé, al tiempo que materializan las interacciones entre el organismo-cuerpo y el entorno, posibilitando el uso instrumental del cuerpo.

El bebé, al intentar organizar los diferentes flujos sensoriales, experimenta momentos de mantelamiento/desmantelamiento, necesarios para evitar las vivencias de desbordamiento sensorio-corporales asociadas a angustias arcaicas, así como para alcanzar posteriormente la polisensorialidad sincrónica. De manera paralela y complementaria, se construye el proceso de comodalización, el cual posibilita segmentar y organizar los flujos sensoriales dentro de cada canal sensorial. Esta experiencia es la que le permitirá al bebé,

desde el punto de vista cognitivo, la percepción del objeto, así como desde la perspectiva psicoanalítica, la construcción del objeto como algo externo a sí mismo.

El juego sensorial

Partimos de la hipótesis de que es a través del juego y en el juego que el bebé se constituye como sujeto, gracias a la presencia del «interjuego» que se establece entre la madre y el bebé en los primeros momentos de la vida. Nos preguntamos aquí cuál sería el impacto en el proceso de desarrollo psíquico del bebé, cuando ese juego arcaico o primitivo, aún marcado por las experiencias sensoriales, se muestra ausente o deficiente, hasta el punto de comprometer la construcción del yo corporal del niño, tal como observamos con frecuencia en los niños autistas.

Para describir qué se entiende por juego sensorial, es importante destacar aquí la existencia de un proto-juego o juego precoz, que precedería al juego simbólico del niño. Se hace referencia al trabajo de Winnicott, quien propone la existencia de un juego denominado «playground», que correspondería a un juego inicial que «une» y «liga» a la madre y al bebé, permitiendo que este último circule por un esbozo del espacio potencial que determinaría, posteriormente, la capacidad del niño para «hacer uso de los objetos» del entorno de manera rica y creativa, lo que corresponde a lo que Winnicott (1975) denomina «playing». En esa misma perspectiva, Víctor Guerra (2015) habla de la interludicidad, de un territorio «inter» atravesado por los intercambios placenteros de la díada, lugar en el que se desarrollarán las simbolizaciones primarias y se sentarán las bases necesarias para que tenga lugar el proceso de simbolizaciones secundarias.

Roussillon (2004) también nos habla de la doble función del juego, al afirmar que este permite al bebé organizar sus experiencias sensoriales, gracias a la interacción establecida con la presencia del objeto materno. Al mismo tiempo, afirma que sería a través del juego que el niño organizaría sus impasses psíquicos, al proyectar, en el acto de jugar, la ecuación regida por la lógica del placer/displacer.

Cuando partimos de la idea de un juego de a dos, estamos considerando la existencia del encuentro del bebé con un objeto-otro, según la perspectiva de lo intersíquico, que se superpone a lo intrapsíquico; es decir, el objeto aquí no se toma únicamente como objeto, cuya finalidad sería aliviar la tensión pulsional, según la metapsicología clásica freudiana, sino, sobre todo, como un objeto (otro-sujeto) dotado de una vida pulsional, cuya función sería simbolizar los mensajes (proto-representaciones) enviados por el bebé y dirigidos al objeto materno (Roussillon, 2004).

¿Pero de qué se trata ese material enviado por el bebé y dirigido al objeto materno? ¿No serían ellas mismas las «proto-representaciones» provenientes de las experiencias sensoriales vividas en el cuerpo del bebé desde sus inicios?

Roussillon (2004) también nos habla de la importancia de las experiencias sensoriales en la construcción del proceso de simbolización del niño, al afirmar que el proceso subjetivo es, ante todo, multisensorial y multipulsional. Destaca que las experiencias sensoriales se viven en el registro bidimensional, en el registro del cuerpo del bebé que permanece pegado al cuerpo de la madre. Así, las representaciones, antes de vivirse en el registro de la percepción, se viven en el sentido de las sensaciones, tal como propone Golse (2017), al distinguir entre el sentimiento de ser y el sentimiento de existir, según la perspectiva winnicottiana. Estas sensaciones son nominadas por un adulto que ejercería la función de un doble (homosensualidad en dupla). Para este autor, la idea de la homosensualidad o homosexualidad en dupla refuerza la idea de que el bebé llega al mundo con un potencial innato, lo que lo lleva a enviar al objeto-otro mensajes cargados de proto-representaciones, que son reveladas por el objeto materno (objeto simbolizante), ideas que enfatizan el papel del bebé como coautor de su proceso de subjetivación. Siguiendo a Roussillon (2004), esta interacción inicial entre la madre y el bebé es lo que permitiría la construcción del material psíquico del niño, y este se dividiría en tres categorías: juego autosubjetivo, juego interactivo y juego intrasubjetivo.

El juego autosubjetivo se refiere, necesariamente, a las experiencias sensoriales del bebé con su propio cuerpo; por ejemplo, cuando explora la cavidad interna de su boca con movimientos circulares de la lengua, o cuando explora y contempla oralmente sus manitas, realizando movimientos circulares seguidos de exploraciones autoeróticas. Esta forma de juego se consideraría como el prototipo de las primeras imágenes pulsionales del yo corporal descritas por Haag (2018). Por su parte, el juego interactivo comprende las experiencias sensoriales con los objetos reales y concretos del entorno que se comparten con los adultos de referencia. Mientras que, el juego intrasubjetivo se refiere al juego del «como si», en el que el niño recrea de manera activa lo que vivió de manera pasiva en la realidad cotidiana, encontrando así medios para mitigar sus conflictos internos y resolver los impasses vividos entre el registro de placer y displacer.

Suponemos además que la aparición de las identificaciones intracorporales descritas por Haag (2018) ilustra, precisamente, el intento del bebé de elaborar psíquicamente la experiencia de separación del objeto materno.

El juego sensorial y el Programa PILE

Saboia (2024), a través de la investigación PILE (Programa Internacional para el Lenguaje Infantil), dirigida por Golse entre los años 2006 y 2011, pudo seguir la evolución del juego sensorial hacia el juego simbólico en tres grupos diferentes de bebés, de entre 3 meses y 3 años de edad. Estos grupos se dividían entre aquellos que presentaban el síndrome de West con rasgos de un retraimiento relacional de tipo autístico, bebés que presentaban retraso psicomotor sin rasgos autistas y bebés con desarrollo esperado. Este estudio reveló resultados interesantes, como, por ejemplo, la importancia de las experiencias sensoriales en lo que denominamos la primera etapa del juego primitivo del bebé, condición sine qua non para el acceso a su intersubjetividad.

Los resultados señalados en la investigación mencionada revelaron que la organización típica del autismo tendría su origen en una posible falla en la organización sensorial y pulsional del niño con los objetos reales del entorno, lo que probablemente dificulta el establecimiento de momentos de interacción entre la madre y el bebé. Por ejemplo, a partir de los 6 meses de edad, los bebés con riesgo de autismo se niegan a explorar el objeto que su madre les ofrece y, además, no lo exploran oralmente, no lo manipulan ni lo comparten con la madre para establecer un juego de a dos, lo que sugiere una falla en su atención compartida. Estos resultados apuntan a una ausencia de rítmicidad entre la díada, lo cual concuerda con los trabajos clínicos de Haag (1985) y Laznik (2000), ya que ambas autoras destacan que posibles fallas en estos circuitos pulsionales culminan en movimientos de retraimiento relacional, que pueden dar lugar a una organización psíquica de tipo autista. Además, observamos que la ausencia de exploración oral de los objetos no permite que esta parte de la zona oral sea investida libidinalmente, lo que dificulta la organización de la polisensorialidad sincrónica que se centraliza, inicialmente, en esta región de la boca.

Observamos que el establecimiento de una interacción rítmica y sincrónica en la díada es lo que permitiría que las experiencias sensoriales fueran vivenciadas y reguladas por el objeto materno, pero ¿qué sucede cuando este juego sensorial temprano falla? ¿Serían las estereotipias y los movimientos de aferramiento una forma de organizar las sensaciones que no pudieron alcanzar un estatus de representación?

Algunas interpretaciones psicoanalíticas sobre las estereotipias

Las contribuciones aquí mencionadas corresponden, en su mayoría, a autores postkleinianos como Tustin (1986, 1987) y Meltzer et al. (1979), quienes comenzaron a asociar las estereotipias con la adhesividad al proceso de desmantelamiento patológico. El mismo ofrece, en el caso de funcionamientos de tipo autista, un blindaje ante los excesos excitatorios a los que está sometido el sistema sensorial.

Bick (1969), Houzel (1985), Haag (1985, 2018) y Tustin (1986, 1987), entre otros, se refieren a la función de borde para-excitatorio de las estereotipias. Para Haag (2018), cuando falla la primera continencia corporal rítmica, las estereotipias pueden adquirir, a modo de prótesis, esa función envolvente y continente. Houzel (1985) entiende que las estereotipias delimitan torbellinos y catalizan la angustia de la precipitación, generada por la discontinuidad en los flujos sensoriales, pulsionales y relacionales. Ellas contribuyen, mediante la excitabilidad constante de la superficie corporal, a taponear la vivencia colapsante de separación y pérdida del objeto. Concordamos con Golse (2006, p. 456) cuando enuncia que «[...] las estereotipias autistas tendrían [...] algún aspecto patético, (son) testimonio de un dilema fenomenológico [...] muy doloroso para el niño autista, tironeado entre el descubrimiento del objeto y su inmediata anulación».

Tustin (1986, 1987) y Haag (2018) señalan que la iteración constante del movimiento posibilita externalizar o reencontrar una producción formal del objeto, a costa de quedar preso de la misma, al no poder inscribirlas en identidad de pensamiento.

¿Podría haber aquí algunas pistas para pensar que la agitación corporal del niño sería, precisamente, una falla entre el proceso de simbolización primaria y el de simbolización secundaria, asociada tal vez a la ausencia o a una falla en la construcción de la envoltura corporal en los primeros momentos de la vida del bebé? En este sentido, ¿podríamos inferir que el cuerpo puede ser tomado aquí como un vector de comunicación de este lenguaje preverbal, cuyo registro se limitó a las sensaciones, sin acceder a la representación simbólica del lenguaje?

Bullinger (2020) contribuye en gran medida a la comprensión psicodinámica del entramado soma-psíquico al afirmar que, mediante el control de los flujos táctiles y visuales, las estereotipias intentan mantener la ligazón con las funciones tónico-posturales. L'Heureux Davidse (2019), siguiendo estos aportes y a los de Haag, relaciona a algunas estereotipias con la estimulación del sistema vestibular (giros, balanceos y saltos). Afirma que, al utilizar la visión periférica, la persona con autismo evita enfrentar las angustias espaciales masivas. Si bien el control del flujo visual procura restaurar el eje vertical que se

instaló fallidamente, tiene, como contrapartida la pérdida de profundidad del espacio y del objeto, bases para la función de continencia y el mecanismo de proyección.

¿Qué nos pueden contar las estereotipias sobre la conformación del yo corporal?

Haag (2018) nos alerta que, para comprender el grado de fallas en la formación del yo corporal, es preciso no sólo tomar en cuenta el tipo de estereotipias, sino también su frecuencia. Podemos preguntarnos si, ante las estereotipias, habría un intento por parte del niño autista de comunicarnos sus angustias primitivas y de indicarnos qué tipo de fallas se produjeron en el proceso de construcción de su yo corporal.

Centrándonos en los ejes del corporales, comenzaremos por el primero: el vertical. Según Haag (2018), este eje se forma entre los 4 y 5 meses de edad, a partir de la experiencia del bebé de integrar los dos hemicuerpos verticales: el lado derecho y el izquierdo. Las experiencias intracorporales radiales se construirían a través del «juego de los teatros de las manos» del bebé, ya que, a medida que ya tiene la percepción del eje medio de su cuerpo, tiende a integrar las dos manos en su eje central, de manera que el juego de entrelazar sus manos parece expresar, por sí mismo, el propio encuentro entre la mamá y el bebé, siendo la mamá representada por la mano derecha (lado mamá del bebé) y el bebé por su mano izquierda (lado bebé). Esta construcción del eje vertical es un hito importante en el proceso subjetivo del niño; de lo contrario, podría verse privado de la capacidad de integrar las experiencias sensoriales, pasando a experimentar la imagen corporal de manera dividida o fragmentada y comprometiendo, así, el establecimiento de la pulsión oral.

Podemos plantear la hipótesis de que, cuando existen fallas notables en la adquisición del eje vertical, es probable que se observen estereotipias laterales dobles (aplausos, adherencia a objetos dobles, etc.). Cabe preguntarse en qué medida la ausencia de la mirada binocular (L'Heureux-Davidse, 2019) contribuye a la permanencia de cada hemicuerpo de manera no integrada. En este funcionamiento, el cuerpo está constituido por fragmentos inconexos y superpuestos, en una tonicidad corporal que no está regulada por la emoción ni por el encuentro con el otro, situándose en demasía en uno de los extremos: hiper o hipotonía; observándose, además de esta arquitectura corporal, la pérdida de la verticalidad.

Como ejemplo clínico, traeremos a Gonzalo, de 4 años, quien con frecuencia se sienta en posición de «W», levanta la cabeza y aletea con los brazos flexionados para atrás del cuerpo, al mismo tiempo que hiperextiende los pectorales hacia adelante, pasando luego a apretarse el abdomen con ambas manos. Observamos en Gonzalo la alternancia entre lo duro lateral y dual y lo blando central y unificado, desde la hipertonía de la «W» del hemicuerpo superior hasta la hipotonía de la «W» del hemicuerpo inferior. ¿Será que se



refugia en la hipertonía para escapar de la angustia de disolución desencadenada por la hipotonía de base? ¿La búsqueda de hundimiento de la panza, procura integrar lo duro y lo blando, lo lateral y lo central, o reafirma su vivencia de colapso central, por lo cual se ampara en la dureza periférica?

En relación a las estereotipias manuales centrales, del tipo conexión-fusión (apretado de manos, aplausos, movimiento de lavado, etc.), pensamos que pueden dar cuenta de una búsqueda de cerrado corporal en la línea media vertical (tono central); siendo importante, observar qué sucede mientras tanto con la mirada.

Sebastián, diagnosticado con autismo a los 3 años, presentaba una mirada periférica, deambulaba mientras aleteaba, a continuación, intentaba clavar en línea palitos en la tierra. En ese movimiento estereotipado, es posible observar que, con el aleteo, mostraba el clivaje del eje corporal. Al mismo tiempo, al sostener e incrustar con las dos manos cada palito, ocupaba el espacio de la línea media, buscando la unificación de los dos hemisferios, el derecho (lado mamá) y el izquierdo (lado bebé). Desde esta perspectiva, podemos suponer que Sebastián, a medida que experimentaba estos dos movimientos estereotipados sucesivos, estaba, en cierto modo, esbozando la construcción de su tono vertical. Pensamos también que Sebastián, con el clavado de palitos, comenzó a espacializar, a trazar líneas que lo sacaban de la adherencia táctil, a dejar registros tridimensionales en el mundo exterior a los que podía volver, a internalizar algo de la forma en esa experiencia sensorio-motora, algo del orden de la separación corporal y de la constancia del objeto se jugaba en esa iteración.

Haag (2018) también nos habla de la construcción del eje horizontal, ahora en torno a la articulación de la cintura, conquista que se logra entre el quinto y el noveno mes de vida, coincidiendo con el momento inicial en el que el bebé comienza a mantenerse sentado. Esta conquista le permite al bebé integrar los miembros inferiores (comienza, por ejemplo, a jugar con sus piecitos) y, posteriormente, a explorar sus órganos genitales.

En lo que respecta a las estereotipias que se manifiestan a través del movimiento pendular, es decir, mediante balanceos del tronco o en el propio movimiento de flexión de rodillas o de tobillos, consideramos que estarían asociadas a intentos infructuosos de adquirir la bisagra horizontal del cuerpo, es decir, de integración de las extremidades inferiores por parte del sujeto.

Martín, de 17 años, cruza el consultorio en diagonal y deambula con un movimiento pendular por el espacio y, con cada cambio de dirección, apoya la mano derecha en la pared o en un mueble, flexionando la cintura y las rodillas. «Su propio derrotero compulsivo de caminar y hacer flexiones, así como sus experiencias de la infancia —entre las que

se incluye la fractura de la pierna derecha—, han guiado la comprensión de sus alteraciones del eje horizontal. Resignificándose ahora con este manierismo la fractura de la pierna en la infancia» (Hackembruch, 2024, p. 263). Según L'Heureux-Davidse (2015), las compulsiones de pegarse en las piernas o los pies, o incluso las torsiones de los tobillos o las flexiones de la cintura, pueden constituir tentativas sensoriales de registro del hemicuerpo inferior, por una vía menos traumática que la recordada en la fractura, al mismo tiempo que también dan cuenta de esa antigua arquitectura del yo corporal (Haag, 2018).

Martin, al regresar al consultorio, después de las sesiones virtuales realizadas durante el período de pandemia, conectó, de manera intensa, cruda y dolorosa, el papel que desempeñaron sus piernas durante el aislamiento, y en general en su vida, de acuerdo a sus vivencias. «Entra a la sesión sin registrar mi presencia, recurriendo a deambular y a diálogos de pantallas. Expresa de manera contundente: "Quiero deshacerme de estas piernas, siempre estoy corriendo con ellas, no me dejan quedarme quieto. ¿Tienes una sierra? Quiero cortármelas" (Hackembruch, 2024, p. 276). Cortar, fracturar, torcer y flexionar son registros posibles de ese investimento y armado corporal que aún no ha concluido y que trae consigo, junto con la seguridad inmutable y el placer que se desprende de lo compulsivo, un sufrimiento intenso que sólo podría concluir con una amputación corporal. Observamos, así como la sensorialidad, en un yo corporal no totalmente construido, puede llegar a adquirir el valor de «una prisión sensorial» (Joly, 2019).

Como señala Haag (2018), el niño, alrededor de los 9 a 10 meses de edad, experimenta la sensación de que su cabeza está unida a su cuerpo a través del cuello, momento en el que parece descubrir que sus pensamientos se producen dentro de la cabeza. En cuanto a los movimientos estereotipados de la cabeza, que buscan la estimulación vestibular, también podrían ser un intento de soldar la cabeza al cuerpo, marcada por el riesgo de desprendimiento.

Y, por último, en el caso del movimiento estereotipado de tipo remolino, que se produce al dar vueltas sobre sí mismo, y que involucra todo el cuerpo, podríamos preguntarnos si esta figura de sensación, implicaría una búsqueda de integración corporal más avanzada o no. Quizás aquí podríamos suponer que se trataría de un intento del niño por experimentar la rítmicidad, hasta entonces ausente en su proceso de construcción de su yo corporal.

Cabe señalar que, aunque aparezcan estereotipias que reflejen un momento del desarrollo del Yo Corporal más avanzado que otro, esto no implica que los demás ejes y bisagras corporales se han constituido lo suficiente. Además, como observamos con frecuencia, puede darse más de un tipo de estereotipia al mismo tiempo, lo que nos revela diferentes procesos de construcción del Yo Corporal.

Para concluir, consideramos que, tanto en la clínica con padres y bebés como en la clínica del autismo, el trabajo conjunto entre analista y paciente se sustenta, en gran medida, a través de «momentos estéticos, en los que nos quedamos paralizados en la frontera entre la experiencia sensorial y la emocional; y como, ante una obra de arte, quedáramos en suspenso, empujados al límite de la palabra y del decir discursivo» (Gue-rra, 2015, p. 10), siendo invitados a trabajar así con nuestro propio yo corporal, fuente de otras comunicaciones que apelan a nuestra ludicidad sensorial.

Camila Saboia: psicóloga y psicoanalista, doctora en Psicopatología y Psicoanálisis por la Universidad de París-7. Posdoctorada por la USP (Universidad de São Paulo). Profesora invitada del Instituto de Psicoanálisis Sedes Sapientiae. Docente del curso de formación en psicoanálisis del CEP. Miembro de la dirección de CIPPA-LA. Miembro fundadora de Entrelacer Psicanálise & Infância. Miembro en formación de la SBPSP (IPA).

Karina Hackembruch: psicóloga y psicoterapeuta psicoanalítica. Miembro de Audepp (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica), docente de IUPA (Instituto Universitario de Psicoterapia de Audepp) y de Universidad CLAEH, miembro de CIPPA-LA.

Do brincar sensorial do bebê à ritmicidade estereotipada da criança autista: quando a construção do Eu Corporal falha

Resumo: O presente artigo traz um panorama das contribuições de diferentes psicanalistas sobre a importância das experiências sensoriais no processo constitutivo do psiquismo. Parte-se da ideia de que o brincar sensorial do bebê serviria de matéria-prima para a construção do simbolismo primário e de seu eu corporal. As crianças autistas expressam falhas desse eu corporal ao buscarem experiências autos sensoriais, como meio de amenizar suas angústias arcaicas. Pensa-se que as estereotípias e a busca de aferramentos sensoriais, teriam uma finalidade específica no processo da retomada da construção do eu corporal, sendo assim, elas não devem ser compreendidas como meras descargas sensórias.

Descritores: Intervenção Precoce, Eu Corporal, Autismo, Brincar, Estereotipia.

From the baby's sensory play to the stereotypical rhythmicity of the autistic child: when the construction of the Body Self fails

Abstract: This article provides an overview of the contributions made by various psychoanalysts regarding the importance of sensory experiences in the psyche constitution. It is based on the idea that the baby's sensory play serves as the raw material for the construction of primary symbolism and the bodily self. Autistic children exhibit failures in the bodily self by seeking out self-sensory experiences as a means of alleviating their archaic anxieties. We believe that stereotypies and the search for experiences indicating the need for sensory anchors, on the part of the autistic child, serve the purpose of resuming the construction of the bodily self; therefore, they should not be regarded as sensory discharges.

Descriptors: Early Intervention, Bodily Self, Autism, Play, Stereotypy.



REFERENCIAS

- Beaulieu, A. (2021). *Prévenir l'autisme des bébés à risque : Une approche corporelle et relationnelle*. Érès. <https://doi.org/10.3917/eres.beaul.2021.01>.
- Bick, E. (1969). *La experiencia de la piel en las primeras relaciones de objeto*. Montevideo: RUP. Vol. 11, nº 2, 167-172.
- Bion, W. R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Londres: William Heinemann.
- Bullinger, A. (2020). *El desarrollo sensoriomotor del niño y sus avatares*. París: Érès. Tomo 1 y 2.
- Golse, B. (2006). Sobre las estereotipias en los niños autistas. Entre la investigación y la evitación del objeto o entre la recuperación del desarrollo y la desvitalización. *La psiquiatría del niño*, 49(2), 443-458. <https://doi.org/10.3917/psy.492.0443>.
- (2017). Destruir el objeto para no perderlo. *Le Carnet Psy*, 206(3), 30-34. <https://doi.org/10.3917/lcp.206.0030>.
- Golse, B. y Guerra, V. (eds.) (2019). *El bebé, la sensorialidad y la creatividad*. Presses Universitaires de France. <https://doi.org/10.3917/puf.golse.2019.01>.
- Guerra, V. (2015). La escucha sensorial y estética del analista: desde J. Keats a la clínica infantil. *Psicanálise*, 17(2), 154-177. <https://doi.org/10.60106/rsbpa.v17i2.570>
- Haag, G. (1985). La madre y el bebé en las dos mitades del cuerpo. *Neuropsychiatrie de L'enfance*, (33)2-3, 107-114.
- Haag, G. (2018). *El yo corporal: autismo y desarrollo*. París: PUF.
- Hackembruch, K. (2024). Tratamiento en el hogar y dispositivo virtual en el proceso psicoterapéutico de un paciente con síndrome de Asperger. En B. Golse y A. Barral, *De la clínica a la investigación: Autismo y psicoanálisis-V* (pp. 263-277). París: Érès.
- Houzel, D. (1985). El mundo vertiginoso del autismo. *Lieux de L'enfance*, 3, 169-183.
- Joly, F. (2019). La subversión sensorial o la sensorialidad autista: entre funciones y funcionamientos. En D. Amy; A. Barral; B. Golse et al, *De los trastornos sensoriales a las estrategias terapéuticas* (pp. 251-257). París: Érès.
- Laznik, M-Ch. (2000). La teoría lacaniana de la pulsión permitiría avanzar en la investigación sobre el autismo. *La Célibataire*, 1, 67-78. Obtenido de https://laznik.fr/wp-content/uploads/2014/12/La_theorie_lacanienne_de_la_pulsion_permettrait_de_faire_avancer_la_recherche_sur_l_autisme.pdf.
- Lebovici, S. (2019). La relación objetal en el niño. En J. Angelergues, S. Bydlowski y P. Denis, *El compromiso terapéutico con el niño: de ayer a hoy en el Centro Alfred Binet* (pp. 129-145). En prensa. <https://doi.org/10.3917/pres.angel.2019.01.0130>.
- L'Heureux-Davidse, C. (2015, enero/junio). Autismo y adicciones. *Ágora*, (18)1, 25-38. <https://doi.org/10.1590/S1516-14982015000100003>
- L'Heureux-Davidse, C. (2019). Sensación, percepción y representación. En D. Amy; A. Barral; B. Golse, et al, *De los trastornos sensoriales a las estrategias terapéuticas* (pp. 285-302). París: Érès.
- Maiello, S. (1991). El objeto sonoro: hipótesis de una memoria auditiva prenatal. *Revista de Psicoanálisis Infantil*, «El cuerpo», 20, 40-66.
- Meltzer, D. y cols. (1979). *Exploración del autismo*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Roussillon, R. (2004). La pulsión y la intersubjetividad. *Adolescence*, 22(4), 735-753. <https://doi.org/10.3917/ado.050.0735>.
- Saboia, C. (2024). *O brincar como sinalizador de sofrimento psíquico. Construção da relação objetual da criança autista e suas implicações no trabalho da intervenção precoce*. Blucher
- Tustin, F. (1986). *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Amorrotu.
- Tustin, F. (1987). *Estados autistas en los niños*. Paidós.
- Winnicott, D.W. (1975). *Realidad y Juego*. París: Gallimard. (Obra original publicada en 1971).
- Zornig, S. (2015). Clínica de los primordios y procesos de simbolización primarios. *Psic. Clin.*, Río de Janeiro, (27)2, 121-136.